



## VIAJEROS CULTURALES EN LA ARGENTINA (1928-1942)

*por Gonzalo Aguilar y Mariano Siskind*

### *Avatares del viajero*

Durante el siglo XIX, numerosos viajeros —intelectuales, científicos y comerciantes—, dejaron testimonio escrito de su estadía en nuestro país. Sus escritos, mezcla de saberes y experiencias diversas, posibilitan un ingreso en la historia argentina por sus intersticios y márgenes. ¿Pertencen estos textos a la literatura argentina o deben ser leídos fuera de ella? A principios del siglo XX, los que llegaron a la Argentina durante los festejos del Centenario, inauguraron nuevas modalidades de descripción y de intervención pública. Visitantes ilustres, estos viajeros expresaron sus opiniones sobre la vida social y registraron modos y prácticas, personalidades y acontecimientos, costumbres y configuraciones culturales. Pero nunca la Argentina recibió tantos viajeros dispuestos a intervenir en los espacios culturales y políticos como en el período que se extiende desde mediados de la década del veinte hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. De sus antecesores conservan la curiosidad y el espíritu inquisitivo; sin embargo las huellas de su recorrido en la literatura argentina tienen un carácter específico.

Desde comienzos de la década del veinte, con los movimientos de vanguardia pero también con los traslados que permitían los adelantos técnicos, comenzó a fortalecerse —en términos materiales— la posibilidad de una comunidad internacional de intelectuales y artistas que se desplazaban por diversas ciudades, dictaban conferencias y escribían sobre las ideas de un presente compartido.<sup>1</sup> Es el momento de

<sup>1</sup> Dice José Ortega y Gasset en la conferencia que dictó en el teatro Odeón de Buenos Aires, el 15 de noviembre de 1916: "Hemos vivido a miles de leguas vosotros



una transformación de las dimensiones espaciales, cuyos símbolos más visibles son el transatlántico y el aeroplano, y que las vanguardias latinoamericanas se apresuran a usar en función de su programa cosmopolita. En este programa, la llegada de un viajero —artista o intelectual— desempeñaba un papel estratégico: su presencia era una declaración de principios, la bandera de una facción local. Los lugares de encuentro solían ser las conferencias y las exposiciones pero también los *banquetes*, modalidad vanguardista por la que pasaron el futurista Filippo Marinetti, el músico Ernst Ansermet, el poeta Jules Supervielle. En estos acontecimientos, los protagonistas fueron las revistas *Proa* y *Martín Fierro*, eficaces y dinámicas aunque sus estrategias, debido a su precariedad económica, dependieron de instituciones más sólidas materialmente como las universidades o la Asociación Amigos del Arte, fundada en 1924.<sup>2</sup>

Una vez concluida la experiencia martinfierrista, el viajero de vanguardia desaparece de la escena literaria como lo demuestra la pacífica recepción que tuvieron las conferencias de Ramón Gómez de la Serna en 1931. Si este itinerario no llegó a constituirse como vanguardista fue porque en esos años ya no existía el grupo y la publicación que pudieran darle un marco de conflicto a esta visita.<sup>3</sup> No sólo cambia la actitud de los receptores sino aquello que se exige del visitante cultural: hacia fines de los años veinte, el viajero vanguardista es sustituido por el viajero de la identidad.

Entre 1928 y 1929, tres viajeros satisfacen plenamente esta ansiedad o demanda simbólica: el filósofo español José Ortega y Gasset (1883-1955), el alemán Herman von Keyserling (1880-1946) y el escritor norteamericano Waldo Frank (1889-1967). Los tres asumieron a conciencia el papel asignado: en los escritos que resultaron de sus visitas predominó el tono didáctico, las definiciones de lo argentino y las profecías sobre el “pueblo joven” o embrionario. Ortega y Gasset, por ejemplo, sostuvo en 1929 que “por falta de auténticos viajeros no se ha ejecutado aún el más ligero intento de definir el alma argen-

---

de mí y yo de vosotros [...]. Tenemos por lo menos una dimensión común: la de la fecha, la de la época, el tiempo en que vivimos. Por nuestras venas corre la sangre de este siglo joven que padece iniciación tan turbulenta” (“El novecentismo”, en *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*, Madrid, Alianza, 1995).

<sup>2</sup> La asociación fue fundada por Adelia Acevedo y su directora fue Elena Sansinena de Elizalde quien, asesorada por el crítico y profesor Julio Noé, se encargó de traer a la mayoría de los conferencistas del período.

<sup>3</sup> Para un análisis del frustrado viaje de Ramón Gómez de la Serna en 1925 y sobre las características del viaje vanguardista, ver Gonzalo Aguilar, “El cuerpo y la sombra. Los viajeros culturales en la década del 20”, en *Punto de Vista*, N° 59 (diciembre de 1997).

tina”.<sup>4</sup> El filósofo español —pero en igual medida Frank y Keyserling— se propusieron con su palabra y su presencia despertar al argentino de su hechizo narcisista o, usando las antiguas metáforas socráticas, actuar como parteros y tábanos a un tiempo. El filósofo-médico Keyserling, el maestro-filósofo Ortega o el narrador-político Waldo Frank buscaron ese espacio de legitimación para que su mensaje se convirtiera en herramienta de un cambio.

Ellos tres, sobre todo Frank —quien propuso el proyecto— y Ortega —quien le puso el nombre—, desempeñaron un papel crucial en la fundación de la revista *Sur* y la figura de su directora, Victoria Ocampo, se recortó como la interlocutora privilegiada de estos visitantes. Si para los vanguardistas el viajero funcionó como punta de lanza o barreno, para *Sur* fue un *puente* hacia la idea de universalidad. Victoria Ocampo interviene aquí polémicamente, al entender que existía, en la cultura argentina, un “innato poder de asimilación”.<sup>5</sup>

El estilo discursivo de estos viajeros encontró una amplia recepción que se confirma en la revista *Sur* y, principalmente, en *Radiografía de la Pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964) y en *Historia de una pasión argentina*, de Eduardo Mallea (1903-1982), quien fue el traductor de las conferencias que Frank dictó en Buenos Aires. Todavía en 1933, la temática de la identidad continúa vigente con la publicación de *Meditaciones Sudamericanas*, del conde de Keyserling, libro escrito luego de su visita y que levanta resistencias y críticas. De todos modos, pese a las protestas que provoca, es notable cómo los viajeros culturales instalan un temario y una modalidad para acercarse a esos problemas. Pero, a partir de 1936, el carácter del viaje cultural cambia nuevamente. Son los tiempos de la guerra civil española y de los inicios de la Segunda Guerra Mundial: los debates son otros y el estatuto de los viajeros se modifica. Muchos viajeros son ahora expatriados o refugiados que arriban a Buenos Aires sin saber con precisión cuándo van a poder retornar a sus países de origen. Aun los regresos de dos insignes viajeros de la identidad como Ortega y Frank tendrán un sentido totalmente diferente al de sus anteriores visitas.

Desde el punto de vista de las preocupaciones intelectuales, los conflictos bélicos produjeron un desplazamiento de los discursos de la identidad a los de la crisis general de la cultura: ¿qué deben hacer los intelectuales, los escritores, los poetas cuando el futuro está en peligro?

<sup>4</sup> José Ortega y Gasset: “El hombre a la defensiva”, en *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*, op. cit.

<sup>5</sup> Victoria Ocampo sostiene esta posición en “Argentinidad de extranjerizantes”, *Testimonios. Sexta serie 1957-1962*, Buenos Aires, Sur (1963), donde celebra el “extranjerismo impenitente y máximo” de autores como Güiraldes o Borges.

La pregunta *¿quiénes somos?* cedió ante la urgencia de la pregunta política por excelencia: *¿qué hacer?* (y la crisis del presente suscitó una reconvención sobre el pasado: *¿qué hicimos?*). Lo que estaba en cuestión era la universalidad de los valores de la civilización y la necesidad de tomar partido ante el peligro de su eventual derrota o desaparición. En este contexto, el XIV Congreso del PEN Club fue la manifestación local de este pasaje de un tipo de viajero a otro y sus debates giraron en torno al papel de los intelectuales frente al nuevo estado de cosas. Este congreso, que se realizó en Buenos Aires entre el 7 y el 16 de septiembre de 1936, contó con las participaciones de Giuseppe Ungaretti, Stefan Zweig, F. T. Marinetti, Jules Romains, Benjamin Crémieux, Alfonso Reyes, Jacques Maritain, Henri Michaux.<sup>6</sup> Y entre los argentinos, Carlos Ibarguren, Victoria Ocampo, Manuel Gálvez y Eduardo Mallea. Paralelamente, se realizaron unas reuniones auspiciadas por el Departamento de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones, a las que se sumaron —entre los que participaron en la del PEN— Pedro Henríquez Ureña, Francisco Romero y desde Europa, con una conferencia por escrito, el conde de Keyserling.<sup>7</sup>

Aunque para la crítica sólo existe un elenco estable de viajeros (Frank, Ortega, Keyserling) basado en la importancia de sus intervenciones, hay que tener en cuenta que en ese momento se produce una explosión demográfica de los visitantes y que junto a estas *influyentes* figuras, llegan otras, a veces más discretas, a veces con un efecto a más largo plazo. Entre estas últimas podemos incluir a Witold Gombrowicz y, entre las primeras, al escritor francés Paul Morand y al poeta rumano Benjamin Fondane. La lista, de todos modos, sería interminable y caótica. Durante sus periódicas visitas a Buenos Aires, por ejemplo, el director Ernest Ansermet causó una inmediata y profunda impresión, pero el carácter de su oficio y de sus intervenciones (dirección de conciertos, formación de músicos) disminuyó —injustamente— su importancia histórica.<sup>8</sup> También en el teatro hubo visitas importantes, entre las que sobresalieron las de Federico García Lorca durante 1933-1934

<sup>6</sup> Henri Michaux no sintió ninguna simpatía por nuestro país, pero siguió relacionado con él por medio de Angélica Ocampo y de Jorge Luis Borges, que tradujo algunos de sus textos. En "Un peuple et un homme" le recriminaba a nuestro país su falta de epicidad, por lo que recibió una ácida crítica en el diario *La Nación*, 7 de marzo de 1938. Ver *Œuvres complètes*, I, Paris, Gallimard-de la Pléiade, 1998.

<sup>7</sup> Sobre las repercusiones del Congreso de 1936 ver Celina Manzoni, "Cómo se vieron. La autorrepresentación de los intelectuales (Buenos Aires, 1936)", en AA.VV., *Sesgos, cesuras y métodos*, Buenos Aires, Instituto de Literatura Hispanoamericana (en prensa).

<sup>8</sup> Sobre las estadias de Ansermet en Buenos Aires, ver Doris Meyer, *Victoria Ocampo. Contra viento y marea*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981.

y Luigi Pirandello. Y algunas menos ilustres, como la del historiador británico Philip Guedalla, autor de *Argentine Tango* (1932), que se convirtió en un personaje de “El acercamiento a Almotásim” de Borges. En 1936, llegó el poeta y dramaturgo norteamericano Archibald McLeish, como periodista de la importante revista *Fortune*, para escribir el reportaje “La Argentina del Río de la Plata, la Argentina de la Pampa” que incluyó en su libro *Los irresponsables*.<sup>9</sup> La enumeración es arbitraria e incompleta pero sirve como muestra del multitudinario desfile de escritores que hace del viaje un fenómeno cultural amplio y heterogéneo, y de Buenos Aires, el mayor mercado de conferencias del mundo.<sup>10</sup>

### *La escena de interpelación*

La construcción del escenario en el que se desplegará la *performance* del viajero cultural implica la participación de varios factores: por un lado, una oferta económica para seducirlo y la solidez material de las instituciones que organizan estas visitas y las difunden. Y por otro lado, en una dimensión simbólica, el espacio en el que la palabra del viajero adquiere valor y en el que la interpelación respecto de la identidad se vuelve productiva.

Esta puesta en escena implicaba, entonces, toda una inversión económica y cultural que sólo se explica porque determinados grupos e instituciones (sobre todo Amigos del Arte y, a partir de su creación en 1931, la revista *Sur*) tuvieron una concepción *programática* del viaje intelectual al que le asignaron una función *instrumental* clave en el desarrollo de la cultura. Ante la insistencia de esta empresa en la que se invierten bienes materiales y simbólicos, cabe preguntarse ¿cuáles son las potencialidades y los límites de semejante programa? ¿Por qué las primeras impresiones surgidas de una “residencia insuficiente”, según la expresión de Mallea, eran tan apreciadas? ¿Qué expectativas se depositaba en ese saber? El tópico de la inferioridad cultural resulta de-

<sup>9</sup> El texto de McLeish está construido en torno al tópico de las dos Argentinas. Sobre su visita y las polémicas alrededor de *Los irresponsables*, ver Scott Donaldson, *Archibald McLeish. An American Life*, Boston Houghton Mifflin, 1992. Ver además Adrián Gorelik, “Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura”, en Carlos Altamirano ed., *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, 2000.

<sup>10</sup> En 1932, según Guillermo de Torre, “Buenos Aires es un gran importador de conferenciantes”. Ver “Crítica de conferencias. Ramón y Morand”, *Sur*, N° 4, Buenos Aires. Y Gómez de la Serna sostiene: “Sabido es que la Argentina es la primera consumidora de conferencias del mundo”, Ramón Gómez de la Serna, “Matices de Buenos Aires. Conferencias y conferenciantes”, *Anales de Buenos Aires*, 1 (enero de 1946).

ficiente si se piensa que, en los textos que provocaba cada visita, se articulaba una reseña y una crítica, una manipulación de la mirada del viajero y una polémica con los otros escritores que querían capitalizar esa visita. La llegada del líder futurista Filippo T. Marinetti, en 1926, fue saludada con un número especial de la revista *Martín Fierro* en el que no escaseaban las sátiras (sobre todo porque Marinetti no había sabido apreciar a Xul Solar) y las disputas con la revista *Nosotros* (que había dado cuenta de la visita del italiano en términos muy diferentes a los de los martinfierristas). Algo similar sucede con el resistido Herman von Keyserling (criticado incluso en *Sur*) o en los términos de paridad que Victoria Ocampo plantea en su amistad intelectual con el escritor norteamericano Waldo Frank.

La mejor respuesta a estas preguntas es la misma revista *Sur* y el espacio discursivo que funda. Una *encrucijada* cosmopolita en el que se superpone la palabra argentina en contraste con otras palabras del mundo. Y la revista asume en esta empresa todos los riesgos: el peligro de la reverencia absurda pero también de la traducción pionera; el del equívoco ridículo pero también el de la sincronización exacta. En esta confianza depositada en el saber de los viajeros hay, de todos modos, una oscilación entre verdad y actualización, entre consideración de sus discursos como camino hacia lo esencial y uso de ellos como operación estratégica de quienes los recibían.

Esta escena de interpelación tuvo un género privilegiado: la conferencia. Y lo que este género ponía en juego, además de la densidad de un pensamiento, era la capacidad del escritor —con su voz y su cuerpo— para seducir al destinatario. En sus conferencias de 1931, Ramón Gómez de la Serna actúa como un mago: la “Conferencia del 1/2 ser”, por ejemplo, la pronuncia con la mitad del cuerpo pintado de negro entre otros innumerables trucos de prestidigitación. Pero mientras el cuerpo vanguardista trae aceleración (siempre se lo vincula, metonímicamente, con las tecnologías de traslado), el cuerpo del viajero de la identidad trae profundidad, espiritualidad, meditación. Como se lee en los discursos de Ortega y Gasset, las exclamaciones siempre son invocaciones a una interioridad supuestamente dormida. En Waldo Frank la toma de conciencia de este fenómeno es total, al punto de que llega a hablar de montar en Buenos Aires “una especie de teatro intelectual”: “En Buenos Aires yo era un espectáculo literario. El conferenciante de éxito siempre tiene alguna semejanza con un actor que confecciona sus propios parlamentos”.<sup>11</sup> En este sentido, los recorri-

<sup>11</sup> Ver también: “Es significativo comprobar que las reseñas de mis actos en Buenos Aires describen mi *persona*. Yo estaba representando un monodrama”. Waldo Frank, *Memorias*, Buenos Aires, Sur (1975).

dos, los contactos formales e informales, las conferencias, los brindis y las reuniones sociales, son los diferentes *actos* (en el sentido teatral) por los que el viajero debe pasar, para lograr sus objetivos. En esta escena de interpelación se entrecruzan, entonces, y no siempre de un modo armónico, un destinatario ideal y un público concreto, un cuerpo que atrae las miradas y un discurso que intenta legitimar su propia autoridad, un anfitrión que cede un espacio y un género (la conferencia de ideas) en el que se invierte una expectativa. La confluencia de todos estos elementos le otorgan sentido a la palabra del viajero cultural.

### *Las percepciones del recién llegado*

En ese escenario, un acuerdo tácito sirve como corolario de las conferencias: los viajeros entregarán una reflexión o un retrato sobre ese objeto definido como *la identidad nacional*. Dos factores confluyen y condicionan estas reflexiones: por un lado, un elemento del orden de las ideas del período que, en un sentido amplio, denominaremos *vitalista*. Y por el otro, una actividad interpretativa que opera con dos grillas que funcionaron con bastante eficacia: la paisajista y la psicologista.

Este *vitalismo* que adquiere diversas formas puede sintetizarse con el título del libro que Keyserling escribió en 1925 y que fue la causa de la pasión de Victoria Ocampo por el escritor alemán: *El diario de viaje de un filósofo (Das Reisetagebuch eines Philosophen)*. Desde el título, los desplazamientos espaciales, el predominio del tiempo y los acontecimientos azarosos de la vida se enhebran entre sí para dar lugar a la filosofía: "Problemas vitales, no ideas abstractas" fue uno de los lemas de Keyserling.<sup>12</sup>

En las percepciones de Keyserling el vitalismo se justificaba mediante una prepotencia del "yo". El filósofo no sólo debía escribir textos de investigación y discusión con las tradiciones del pensamiento; también tenía que poder acercarse a los fenómenos cotidianos y en apariencia intrascendentes. La escritura de su "yo" filosófico se constituye en la encrucijada del pensamiento y de la experiencia del viaje. Este vitalismo es también una marca en Ortega y Gasset, y de allí su afirmación que sólo tiene la apariencia de una autocrítica, y que es, en realidad, una legitimación del viajero como provocador filosófico:

<sup>12</sup> Doris Meyer, *op. cit.*



“Hay plena incongruencia en esperar de un extranjero la verdad sobre nosotros mismos [...]. Me atrevería a sostener que la manera de colaborar de un extraño en el conocimiento de nuestro país es precisamente por medio de sus errores. [...] Si se quiere una expresión paradójica, hela aquí: la verdad del viajero es su error”.<sup>13</sup>

La ubicación del lugar de América en el amanecer de la historia se combinaba con una creencia que estos tres viajeros de la identidad explotaron hasta sus límites: existe un lazo de unión entre identidad nacional y paisaje. Este presupuesto se convierte en una verdadera matriz interpretativa que se complementaba con otro: la idea de que podía predicarse un saber acerca de la psicología nacional. Es decir, las naciones tienen un paisaje y una psicología y esto permite las afirmaciones orteguianas de que “los argentinos son narcisistas”, “la Pampa es una promesa”, o la de Waldo Frank: “El ojo argentino es una esencialización de la pampa: hay algo fértil, misteriosamente blando, misteriosamente ilimitado en él”.<sup>14</sup> Para estos viajeros, eso “argentino” que venían a definir ya era una pieza dada que se encontraba reflejado en el paisaje y en cada indicio que la experiencia del viajero pudiera recoger.

### *Ortega y Gasset: una excursión al alma de la pampa*

La importancia y la repercusión de sus visitas a la Argentina —1916, 1928 y la larga estadía como exiliado entre 1939 y 1942—, los artículos que escribió intentando definir el carácter de la Argentina y a los argentinos y las polémicas que éstos generaron, hacen de José Ortega y Gasset el *viajero de la identidad* emblemático. La percepción de lo argentino como espacio de desmesura, como promesa imposible de cumplir, como *guarangada*, que construye Ortega en sus textos, está íntimamente ligada al lugar de autoridad que se le otorgó en el mundo intelectual y a los modos en que se legitimó como pensador vital de lo argentino: “Yo no he vivido la vida criolla, pero la siento como un muñón”.<sup>15</sup>

<sup>13</sup> José Ortega y Gasset, “La Pampa... promesas”, en *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*, op. cit.

<sup>14</sup> Waldo Frank, “Foreword”, en *Tales from Argentina*, New York, Farrar & Rinehart, 1930.

<sup>15</sup> “La Pampa... promesas”, en *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*, op. cit.

El primer viaje de Ortega y Gasset a Buenos Aires se produjo hacia finales de 1916; acompañado por su padre, el joven profesor de filosofía —tenía treinta y tres años— llegó invitado por la Institución Cultural Española, una asociación que organizaba un importante calendario de actividades culturales, a partir del aporte económico de los estratos medios y altos de la comunidad española de Buenos Aires. En este viaje, Ortega dictó un ciclo de conferencias y un seminario intensivo en la Facultad de Filosofía y Letras.<sup>16</sup>

En agosto de 1928, para su segunda visita, Ortega era ya una de las figuras más destacadas del campo intelectual español y sus colaboraciones en varios diarios y revistas argentinos (especialmente en *La Nación*) hacían de él una figura muy conocida. En esta oportunidad la invitación fue hecha por su amiga personal Elena Sansinena de Elizalde, presidenta de la Asociación Amigos del Arte, para dar un curso en septiembre y octubre, compuesto por dos series de conferencias, “Qué es nuestra vida” e “Introducción al presente”, que servirían como base para la escritura de *La rebelión de las masas*. Luego dictó en la Facultad de Filosofía y Letras un seminario sobre Hegel y la historia. Cada una de sus charlas tuvo una enorme repercusión; y entre los asistentes estuvieron Hipólito Yrigoyen y Marcelo T. de Alvear.

Durante esta estadía, Ortega escribió dos ensayos sobre los argentinos, “El hombre a la defensiva” y “La Pampa... promesas”, que son sin duda los más citados cuando se habla de su relación con nuestro país. En ellos enuncia, como era habitual en él, una situación paradójica: Argentina es una promesa que el argentino no está dispuesto a cumplir.

La Pampa, que tras una operación metonímica reemplaza a la Argentina,<sup>17</sup> es en su “estructura de paisaje” (expresión que Ortega utiliza a menudo) esta promesa, este paisaje que antecede a la historia:

“El ojo busca *algo* interesante que ver y en la Pampa no hay nada particular, singular que interese. De este modo, la vista, sin llegar a fijarse en nada, es despedida hasta los confines, allá lejos [...] *La Pampa se mira comenzando por su fin*, por su órgano de promesas, vago oleaje de imaginación donde la inverosimilitud forma su espumosa rompiente que el primer

<sup>16</sup> En este viaje Ortega conoció a Victoria Ocampo en una cena en la casa de Elena Sansinena de Elizalde. Años después, ella lo visitó en España y él escribió el “Epílogo al libro *De Francesca a Beatrice*” (el primer libro de Victoria Ocampo, que el propio Ortega publicó, en su editorial, Revista de Occidente) en el que la llama “Gioconda austral” (ver *Obras completas*, III).

<sup>17</sup> Esta operación funciona como una de las matrices de análisis en *Radiografía de la Pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada, que en esta misma obra retoma también el tópico del *guarango*.

término, tiritando de su propia miseria, de no ser sino atroz y vacía realidad, afanoso absorbe. Acaso lo esencial de la vida argentina es eso —ser promesa”.<sup>18</sup>

La percepción de América como espacio de la novedad y la juventud —tópico que también aparece, aunque en otro sentido, en el panamericanismo de Waldo Frank—, orienta la lectura de Ortega de la pampa como espacio que estimula la construcción imaginaria, como *promesas de un destino que no es necesariamente el propio*: “Casi nadie está donde está, sino por delante de sí mismo, muy adelante en el horizonte de sí mismo y desde allí gobierna y ejecuta su vida de *aquí*, la real, presente y efectiva”. Es decir, construcciones imaginarias (“ciudades, castillos de placer, sotos, islas a la deriva”) opuestas a “la vida de aquí, la real, presente y efectiva”.

Si el filósofo, para Ortega, es aquel que puede pensar sus circunstancias, el argentino es, entonces, el *anti-filósofo*, ese “guarango” o sujeto narcisista, que no sólo se supone superior respecto de su condición “real, presente y efectiva”, sino que habita ese *universo ficcional* que es la pampa. “No me atemorizaría afirmar que el narcisismo es una dimensión de toda alma sublime. Pero el argentino es demasiado Narciso, *lo es radicalmente* [...] Una imagen sólo tiene una vida imaginaria, aparente, ficticia. Esto es lo más grave de la psicología del argentino”.<sup>19</sup> Esta anulación —consciente— de la historicidad del otro, lleva a Ortega a mantener, en su discurso de 1939, esta misma descripción y a proferir su famosa invocación de “argentinos... ¡a las cosas! ¡a las cosas!”. Ortega se coloca a sí mismo como el viajero que, con sus palabras, puede llevar a la juventud de un narcisismo radical a un voluntarismo no menos profundo. Pero la debilidad de estos textos —más allá de su eficacia en el público— radica en el desconocimiento de Ortega de la historia argentina y en el supuesto de este personaje homogéneo (el argentino) del cual podían predicarse todo tipo de cualidades. De todos modos, sería un error reducir su estadía a estos dos artículos y desconocer la influencia que pudieran estar ejerciendo sobre sus destinatarios concretos las teorías que desembocarían en *La rebelión de las masas* y que lo harían uno de los teóricos más consecuentes de lo que se conoce como alto modernismo, y también un referente insoslayable en la reflexión sobre el papel de las minorías intelectuales en las sociedades modernas.

<sup>18</sup> José Ortega y Gasset: “La Pampa... promesas”, *op. cit.* El subrayado es del propio Ortega.

<sup>19</sup> José Ortega y Gasset: “El hombre a la defensiva”, *op. cit.* Subrayado nuestro.

## Keyserling y su “elefantiasis interpretativa”

En 1951, Victoria Ocampo escribió *El viajero y una de sus sombras* (*Keyserling en mis Memorias*), una semblanza de sus conflictivas relaciones con el pensador alemán motivada por el capítulo que éste le dedica en sus memorias, por entonces inéditas.<sup>20</sup> Este ensayo es, al mismo tiempo, una reivindicación del lugar que una mujer debe ocupar en el debate cultural (Victoria Ocampo se había negado a llevar su admiración intelectual al terreno amoroso), y un recorrido por su fascinación hacia el escritor alemán. Pero para Victoria Ocampo, lo que se desencadena a partir de su experiencia con Keyserling, es la posibilidad de intervenir en la cultura argentina a través de esta idea genérica de *viaje* que implica traer conferencistas pero también traducir, divulgar, actualizar. En este sentido, importa menos la figura de Keyserling que la experiencia de Ocampo como presentadora y agente cultural.<sup>21</sup>

El primer encuentro entre ambos se produce, después de varios meses de correspondencia, en París en enero de 1929, con el fin de ultimar los detalles del viaje a Buenos Aires. Ya en la primera reunión, Victoria Ocampo descubre que el filósofo de Darmstadt es inferior a sus libros y éste descubre que la admiración intelectual de su lectora no estaría seguida de contactos corporales. Después de sus conferencias en Buenos Aires y de una estadía en la que no faltaron los “escándalos” (según los interpreta Mallea en *Historia de una pasión argentina*), Keyserling regresa en 1933, esta vez con su libro *Meditaciones Sudamericanas*. En este libro, Keyserling actúa como un médico: hace un diagnóstico, pretende “indicar los caminos de la curación”, dice “actuar de *partero*” y utiliza un esquema orgánico-biológico: los pueblos sudamericanos son “embrionales”.<sup>22</sup> En 1951, Victoria Ocampo comenta: “En 1932 aparecieron las *Meditaciones Sudamericanas*,

<sup>20</sup> Buenos Aires, Sudamericana, 1951. Las principales motivaciones de este libro hay que buscarlas, por supuesto, en el capítulo de las memorias de Keyserling dedicadas a Victoria Ocampo. Sin embargo, creemos que también puede leerse este libro como una respuesta desviada a la novela *Adán Buenosayres* (1948) de Leopoldo Marchal donde se incluye a Victoria Ocampo en el círculo de los lujuriosos del infierno de Cacodelphia.

<sup>21</sup> El otro viajero con el que se relaciona Victoria Ocampo antes de conocer a Keyserling, es Rabindranath Tagore, a quien albergó como huésped en San Isidro. Pero en este caso ella no participa en los preparativos de su viaje. El carácter de esta relación, así como sus vínculos con Keyserling y Le Corbusier y con el género relato de viajes, es analizado por Beatriz Sarlo en “Victoria Ocampo o el amor de la cita” en *La máquina cultural*, Buenos Aires, Ariel, 1998.

<sup>22</sup> *Meditaciones Sudamericanas*, *op. cit.*

trayéndome con sus páginas una nueva oleada de indignación". Su reacción no sólo tiene que ver con el papel que se le asigna en ese libro, sino con un fenómeno que ella misma denomina "elefantiasis interpretativa" y que se refiere no sólo a las fantasías de Keyserling sino también a la sobrevaloración que hace de los indicios.<sup>23</sup> El libro de Keyserling exhibe, sin darse cuenta, el riesgo que acecha a todo viajero: interpretar el indicio como una generalidad, y sus propias construcciones como una manifestación de lo real.

*Meditaciones Sudamericanas* abunda en relaciones entre el paisaje y la identidad nacional pero con un frenesí delirante que no se advierte ni en Frank, ni en Ortega. Es que Keyserling nunca fue —en relación con nuestro país— más que un conferenciante, y su pasaje por la Argentina no tuvo el carácter político e integrador que tuvieron las estadías del español y del norteamericano, quienes superaron la institución de la conferencia para transformarse en auténticos interlocutores culturales.

### *Waldo Frank: la construcción del diálogo*

Waldo Frank llegó por primera vez a Buenos Aires en septiembre de 1929, apenas unas semanas antes que el arquitecto suizo Le Corbusier. La llegada de ambos puso en escena un duelo simbólico entre sus muy diferentes visiones culturales que es necesario comprender en la nueva situación creada por la desaparición de uno de los principales interlocutores de los viajeros: la revista de vanguardia *Martín Fierro*. Sin duda, la visita de Le Corbusier habría encontrado un interlocutor ideal en el importante espacio que la revista le dedicaba a la arquitectura con los artículos de Vautier y Prebisch. Para Jorge Francisco Liernur, la superposición de las conferencias que ambos dictaron implicó una verdadera oposición de paradigmas: Le Corbusier llamaba a los argentinos a recuperar el sentido clásico de su pasado europeo; Frank presentaba un americanismo mítico en el que se unirían el progresismo del norte y el espiritualismo del sur, como alternativa a una Europa vieja y cansada. "Uno celebraba el racionalismo y propa-

<sup>23</sup> "Las circunstancias quisieron que Keyserling me englobara en su visión de Sudamérica en compañía de la puna y la llama. Pero la verdad es que si no lo decepcioné como puna lo decepcioné bastante como llama. Es sabido que estos animales se niegan a caminar si se les carga con más peso del que pueden llevar. Era mi único parecido con ellos, pobre de mí. Y así me hice acreedora de castigo por desdoblamiento andino", *El viajero y una de sus sombras (Keyserling en mis Memorias)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951.

gandizaba nada menos que la casa como *máchine à habiter*, y el otro achacaba a la Razón la liquidación de la libertad”.<sup>24</sup> Además, entre los objetivos de Le Corbusier se encontraba, no sólo dar las conferencias pactadas con las instituciones que pagaron los gastos de su visita, sino también la posibilidad de concretar algún proyecto en Buenos Aires, con la intermediación de Victoria Ocampo.<sup>25</sup> En la contienda imaginaria que el suizo y el norteamericano desplegaron en Buenos Aires —en la que Victoria actuó como árbitro—, el vencedor sería Frank; después de todo, Frank parece haberla convencido de *construir* su revista —*Sur*—, mientras Le Corbusier fracasó en el intento de hacer lo mismo con su casa.

Las repercusiones de las actividades de los dos viajeros fueron muy diferentes: mientras la breve visita de Le Corbusier pasó medianamente inadvertida para el gran público, las conferencias que Frank dictó en la Asociación Amigos del Arte y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires tuvieron gran resonancia.<sup>26</sup> Muchas de ellas fueron publicadas a toda página en *La Nación* y en *La Prensa* y el visitante ilustre fue recibido por el presidente Yrigoyen, quien puso a su disposición un avión para que pudiera recorrer el interior del país.<sup>27</sup> Sin embargo, la importancia que tuvo el primer viaje de Frank a la Argentina para el campo intelectual argentino no radica en su gran cobertura periodística, sino en el hecho de haberle propuesto a Victoria Ocampo —a quien había conocido pocos días antes, luego de una conferencia sobre Chaplin en la Facultad de Filo-

<sup>24</sup> Jorge Francisco Liernur, “¿Cuál Le Corbusier?”, *Prismas*, UNQ, N° 1 (1997).

<sup>25</sup> “Durante su estadía [la de Le Corbusier] —recuerda Victoria Ocampo en 1965— hablamos diariamente de una posible transformación de nuestra capital. Comenzaría por algún edificio de muestra, algún rascacielito frente a Palermo. Esto serviría para darles a las gentes y a las autoridades (aún escandalizadas por la audacia de la arquitectura moderna) un pregusto de lo que podría realizarse, y tal vez un desco de seguir adelante [...] El proyecto, como el del rascacielito de Palermo y otros, quedó en la nada”, Victoria Ocampo en “El poeta de la arquitectura”, *Testimonios VII*, Buenos Aires, Sur (1967).

<sup>26</sup> Sobre las repercusiones de su visita, ver “The Success of Waldo Frank in Buenos Aires”, en *Waldo Frank in América Hispana*, Instituto de las Españas, Lancaster, 1930.

<sup>27</sup> Existen numerosos relatos del encuentro de Frank e Yrigoyen en la Casa Rosada. Frank lo cuenta con detalle en sus *Memorias* y en *América hispana* (1931) hace un muy poco sutil retrato del presidente como un anciano prácticamente inútil. Victoria Ocampo, por su parte, ironiza sobre esa reunión, en la que Frank rechazó el ofrecimiento de un tren para recorrer el país que le hizo el Presidente, argumentando que así viajaban en Estados Unidos los ricos; en cambio, aceptó que le *facilitaran* un avión. Victoria comenta condescendiente: “La ingenuidad de Frank consistía en no percatarse que (sic) un avión particular era más lujo que un vagón (aunque lo usaran los magnates)”, *Testimonios IX*, Buenos Aires, Sur (1975).

sofía y Letras— fundar una revista. “Yo le habría dicho a cualquiera que el resultado más importante de mi visita a la Argentina fue, con creces, la revista que Victoria Ocampo fundó, a mi juicio, inspirada por mí”, escribió Frank en sus *Memorias*. Así narra Victoria Ocampo este hecho en la carta que abre el primer número de *Sur*:

“Una tarde, hacia octubre de 1929, caminábamos juntos por Palermo. Había en el aire una pesadez de tormenta y el olor de las rosas y de la tierra era compacto como niebla; pero atravesábamos sin sentirla esa dulzura. Usted me reprochaba con violencia mi inactividad, y yo le reprochaba, no menos violentamente, que me supusiera usted apta para ciertas labores. Entonces, por primera vez, el nombre de esta revista —que no tenía nombre— fue pronunciado”.

En su proyecto, Frank pensaba en una revista de carácter continental que incluiría a José Carlos Mariátegui y a Samuel Glusberg, el escritor y editor que había conseguido los fondos para que el norteamericano pudiese llegar a la Argentina.<sup>28</sup> El título que Frank había pensado era *Nuestra América* y su perspectiva cultural podría definirse como la de un panamericanismo progresista (y también algo mesiánico). En una carta que Frank escribió a Glusberg desde Perú, algunos días después de haber partido de la Argentina, expresa su deseo de que la revista *Nuestra América* fuese el resultado de su viaje: “Mariátegui el andino, Victoria la porteña y tú el judío universal, podréis tal vez crear la *América Hispana* que sueño y que el mundo necesita [...] Si ayudo yo a juntar a vosotros tres en una obra continental, no seré yo sin valor en la historia de América hispana”.<sup>29</sup> Pero el resultado, *Sur*, estaba bastante lejos de la idea de Frank de crear lazos espirituales entre la América hispana y la América anglosajona y nada hacía suponer, en la revista, que Europa era un continente viejo y cansado, tópico spengleriano que compartían Frank y Ortega. “La cantidad de americanismo

<sup>28</sup> Samuel Glusberg, joven escritor y editor, que en 1921 había fundado la editorial BABEL (Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias). Fascinado por la lectura de *Our America* (1919), Glusberg le escribió a Frank proponiéndole traducir todos sus libros publicados hasta el momento, empezando justamente por éste y, ofreciéndole además visitar Buenos Aires. Después de cuatro años de gestiones buscando patrocinio para la gira, consigue que la Facultad de Filosofía y Letras aporte U\$S1.000, mientras que los otros U\$S3.000 provendrían del Instituto Cultural Argentino Norteamericano (ICANA).

<sup>29</sup> Carta enviada desde Lima, el 6 de diciembre de 1929; pertenece al archivo inédito de la familia Glusberg. Ver Horacio Tarcus, “Glusberg, entre Mariátegui y Trotsky”, *El Rodaballo*, N° 4 y 5, Buenos Aires (1996 y 1997).

que poseo —dijo en una ocasión Victoria Ocampo— no disminuye en nada la pasión que siento hacia Europa, sino que, por el contrario, mi pasión hacia Europa lo enriquece”.<sup>30</sup> Además, en contra de los deseos de Frank, Victoria Ocampo desechó la posibilidad de trabajar a la par de Glusberg y de Mariátegui (quien, por otra parte, murió en 1930): el proyecto de *Nuestra América* quedó así postergado.<sup>31</sup>

En su primer viaje, el escritor norteamericano imagina un interlocutor necesario para el desarrollo de su proyecto continental. Ése y no otro fue su objetivo. Durante 1929, Waldo Frank viajó por toda América Latina, dictando conferencias cuyo tema era la *unión continental*. Visitó México, Argentina, Bolivia, Perú, Cuba, Chile, Colombia, Brasil y Uruguay. Toda su obra se propone como un *mural ensayístico* que combina viaje y discurso y que continúa la serie iniciada con *Nuestra América* de 1919, *España Virgen* de 1925 y *El redescubrimiento de América*, de 1927. Y en los años posteriores a su gira latinoamericana, *Primer mensaje a la América Hispana* y *América Hispana*, ambos de 1931. De algún modo, este trayecto textual traza sobre el mapa geográfico un recorrido intelectual: Estados Unidos en *Nuestra América*, España en *España Virgen*, el continente americano en *El redescubrimiento de América*, y América Latina en *Primer mensaje a la América Hispana* y *América Hispana*. Como dice en la carta que le

<sup>30</sup> Esta intervención está tomada de *Sur*, “¿Tienen las Américas una historia común?” (Nº 86) que forma parte de los “Debates sobre temas sociológicos” de los que nos ocuparemos.

<sup>31</sup> John King propone esta interpretación: “Al continuar las discusiones, dos cosas fueron cada vez más claras. En primer lugar, Victoria no estaba interesada en trabajar con nadie, especialmente con Glusberg, que le parecía *ideológica y socialmente inaceptable*. La idea de una revista debía ser suya y sólo suya. Fue ella la que partió hacia Nueva York a principios de 1930 para visitar Estados Unidos y continuar las discusiones con Frank. Fue su dinero el que financió su revista, y fueron sus gustos los que determinaron su orientación inicial. Glusberg quedó al margen, lo que le causó una gran irritación y amargura. Trató de causar aprietos a *Sur* a comienzos de los treinta, y finalmente se fue a Chile en 1935” (subrayado nuestro). Horacio Tarcus coincide con el diagnóstico de King: “Está claro que entre Victoria y Glusberg pesó más el corte de clase que la común pertenencia a una comunidad intelectual” (Horacio Tarcus, *op. cit.*). El problema de ambas interpretaciones es que dejan de lado que el proyecto editorial de Glusberg, *Babel* (editora de Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga y Martínez Estrada, entre otros), era muy poco afín, tanto literaria como ideológicamente, respecto del proyecto editorial que Victoria Ocampo llevaría a cabo en la revista. Por otro lado, si se lee la cita de King con atención, parece derivarse de ella que el viaje de Glusberg a Chile es *consecuencia* de la existencia de *Sur* (lo que convertiría a Glusberg en un paranoico o un intolerante). En fin, más allá de la pertenencia de clase, lo central es que la orientación intelectual de Victoria Ocampo poco tenía que ver con la de Samuel Glusberg y que sólo a alguien como Frank, con una “residencia insuficiente” en nuestro país, podía ocurrírsele que tal combinación pudiera ser posible.



envió a Glusberg (“no seré yo sin valor en la historia de América hispana”), Frank se presenta a sí mismo como una figura ordenadora y su acción (viajes, conferencias, relaciones políticas, escrituras) apuntan a considerar la construcción de la identidad panamericana como una *invención narrativa*. La obra extensa y global que reuniera todos estos libros debía ser leída así:

“Igual que todos mis libros anteriores, publicados bajo la denominación de Historia, éste de ahora debe ser considerado como una obra de arte [...]. La substancia y hasta la forma no difieren esencialmente de la substancia y la forma de otras obras mías, tales como *Rahab* o *City Block*. Sólo el enfoque es diferente: macroscópico y no microscópico, como en las obras de invención. Por esto *América Hispana* debe leerse de la manera en que se leería un cuento”.<sup>32</sup>

Esta idea de *invención narrativa* se basa tanto en su idealismo político como en su concepción de que América latina era un puro caos y que un intelectual *desinteresado* podía, desde afuera, dar una imagen más acertada de una realidad que era tan difícil nombrar: “Al revés que en España y que en los Estados Unidos —sostiene Frank en *América Hispana*—, la literatura histórica de la América Hispana es un caos todavía. Ningún maestro ha surgido aún en este campo para integrar en forma definitiva la plétora de documentos y disertaciones. He tenido que andar casi a tientas mi camino, con cuidado e intuitivamente”.

De manera complementaria, los escritores argentinos reconocen y reafirman a Frank en esta función de organizador externo que él mismo se atribuye. En un banquete de recepción que organizó la revista *Nosotros*, Baldomero Fernández Moreno leyó el poema “Romance a Waldo Frank”: “Ahora que es verano / se podría andar / por esos suburbios / de nuestra ciudad, / y entre viejas tapias / de ladrillo y cal, / oro de retamas, / sangre de rosal, / ordenar el caos / del mundo actual, / mientras el crepúsculo / se disuelve en paz”.<sup>33</sup> También, mientras

<sup>32</sup> Waldo Frank, *América hispana*, Losada, Buenos Aires, 1950 —primera edición en inglés y castellano, 1931—. En el “prólogo a la edición argentina de *América hispana*, explicaba su proyecto de una obra extensa y global sobre América toda (expresión de su panamericanismo), a la que llamaría *El Nuevo Mundo*, integrada por *Nuestra América*, *España virgen*, *El redescubrimiento de América* y *América hispana*”. Para una bibliografía completa de Waldo Frank, ver *Memorias*, *op. cit.*

<sup>33</sup> El poema de Baldomero Fernández Moreno fue publicado luego del banquete por *Nosotros* y más tarde también por *Caras y Caretas* y *Social* de La Habana. Para la versión completa, ver *Waldo Frank in América Hispana*, Instituto de las Españas, Lancaster, 1930.

Frank estaba en Buenos Aires, Martínez Estrada publicó en *La Vida Literaria* (la revista de Glusberg) el poema "A Waldo Frank", en el que este reconocimiento se opera mediante el llamado a los poetas a sumarse a un ejército joven que Frank, quien es invocado a través del epíteto whitmaniano, liderará: "Tú impartías las órdenes, tú mandabas la tropa, / oh, capitán, mi capitán!".<sup>34</sup> El optimismo con el que este poema describe a América como "la tierra del futuro", contrasta con el tono amargo y resignado de *Radiografía de la Pampa*, donde, sólo cuatro años más tarde, América barbariza y degrada inevitablemente todo lo que se desarrolla en su suelo, y donde Frank es apenas mencionado al pasar en dos referencias ínfimas e irrelevantes.<sup>35</sup>

Eduardo Mallea fue, junto con Samuel Glusberg, Victoria Ocampo y María Rosa Oliver, quien más cerca estuvo de Frank durante su estadía en la Argentina. Sin embargo, en el capítulo completo que le dedica en *Historia de una pasión argentina*, va más allá de la mera exaltación de la figura del visitante. Mallea utiliza la figura del norteamericano para legitimar su propia posición en el campo intelectual. En este sentido, lo que hace es relatar *su* experiencia de la visita del viajero norteamericano: "¡Con qué emoción, con qué gratitud recuerdo aquellos días, aquellas mañanas frescas en la casa transplantada! El uno, ilustre, mayor; el otro, oscuro, más joven: éramos dos hombres atentos a la causa americana".<sup>36</sup> Mallea se representa a sí mismo como un heredero y una promesa: en la mirada del viajero, dibuja su propia silueta.

Si las visitas y los textos del viajero de la identidad están organizados por una interpelación sobre cómo somos los argentinos, en un segundo momento, esta misma pregunta se desplaza hacia la producción literaria de los destinatarios. Así, en el ensayo del ser nacional y en sus hitos fundacionales más importantes —*El hombre que está sólo y espera* (1931), *Radiografía de la Pampa* (1933) e *Historia de una pasión*

<sup>34</sup> "A Waldo Frank" fue publicado en *La Vida Literaria*, en su edición del 19 de septiembre de 1929. Para la versión completa, ver *Waldo Frank in América Hispana*, *op. cit.*

<sup>35</sup> María Teresa Gramuglio se ha referido a la presencia de los viajeros en la Argentina en "Una década dinámica. Transformaciones, posiciones y debates en la literatura argentina en los años treinta", *Nueva historia argentina*, tomo 7, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

<sup>36</sup> Es interesante que inmediatamente a continuación del capítulo dedicado a Frank, se encuentra el texto en el que Mallea escribió, solidarizándose con su amiga Victoria, sobre la desagradable estadía de Keyserling en la Argentina. Mallea no sólo contrapone la importancia de los dos viajeros, sino también, coherentemente con la autorreferencialidad de *Historia de una pasión argentina*, el valor que cada uno de ellos tiene para él: uno (Frank) marcó a fuego su pensamiento y al otro (Keyserling) lo consideró "ridículo y pueril".

argentina (1937)— puede leerse una línea de continuidad respecto del discurso de los visitantes, en los que resuenan la autoafirmación y la réplica.

### *Los viajeros de la guerra*

Hacia fines de la década del 30, el viaje cultural adquirió otro sentido. Dos acontecimientos, la guerra civil española y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, no sólo impusieron nuevos temas sino que la naturaleza misma del viaje se vio afectada. El escritor español Ramón Gómez de la Serna se instaló en nuestro país en 1937, y permaneció en él hasta su muerte en 1963. El poeta Rafael Alberti residió en Buenos Aires desde 1936 hasta 1962, y Guillermo de Torre, otro de los exiliados españoles, se quedó durante más de quince años hasta que, en 1951, comenzó a hacer viajes periódicos a su país de origen. El escritor francés Roger Caillois, quien llegó a nuestro país en julio de 1939 con el fin de dar unas conferencias, debió quedarse casi seis años a causa de la invasión nazi a Francia. Un caso más heterodoxo fue el del escritor polaco Witold Gombrowicz, quien arribó al puerto de Buenos Aires el 22 de agosto de 1939 y se quedó en nuestro país hasta 1963.<sup>37</sup> El viajero conferencista se transformó en un viajero *emigré*, en un exiliado, en un refugiado que debió integrarse a la vida social y cultural del país que lo hospedaba.

En este panorama, el grupo más activo fue (otra vez) *Sur*. Claramente compenetrados con los objetivos de los aliados —con excepción de la Unión Soviética—, los integrantes de la revista construyeron una red de favores y solidaridades que giraban alrededor de lograr una visa o un pasaporte.<sup>38</sup> Y, una vez que el refugiado se encontraba aquí, en proporcionarle alojamiento y trabajo. Pero además, la revista trató de mantener su estrategia de traer a conferencistas creando un circuito, principalmente, con los refugiados europeos en Estados Unidos como lo muestra el caso del escritor suizo Denis de Rougemont, quien visitó Buenos Aires en 1941.

Entre los viajeros de la guerra, no sólo hay que contar ensayistas,

<sup>37</sup> Sobre el caso particular de Gombrowicz, ver el volumen XI de esta *Historia*, *La narración gana la partida*.

<sup>38</sup> Complementariamente a la ayuda brindada a los emigrados, Victoria Ocampo, en combinación con la escritora Adrienne Monnier, organizó un Comité de Solidaridad con los Escritores Franceses que se encargó de hacerles llegar alimentos durante la posguerra.

novelistas y poetas, sino también profesores e intelectuales (como Paul Bénichou y Rodolfo Mondolfo) o editores. En este último caso, el fenómeno fue singular porque el “boom editorial” de fines de los años treinta, que se vincula con la guerra civil española, tuvo entre sus protagonistas a empresarios que llegaron de España. Antonio López Llausás que llegó a Buenos Aires en 1939 y se convirtió en figura clave de Sudamericana, Santiago Rueda, que creó la editorial que lleva su nombre y Mariano Medina del Río y Álvaro de las Casas que, ese mismo año, fundaron Emecé. También en 1939 fue creada Losada, aunque su dueño, el español Gonzalo Losada, estaba en el país desde 1928.

### *Un sociólogo extraño*

El caso de Roger Caillois permite ver el cruce de este nuevo tipo de viajero en el que se combinan una situación social peculiar, una serie de preocupaciones intelectuales y un tipo de participación social que excede al de las conferencias. Fugaz integrante del surrealismo (movimiento que abandonó en 1934), Caillois fue uno de los fundadores —junto a Georges Bataille y Michel Leiris, otros dos disidentes del surrealismo— del Collège de Sociologie en marzo de 1937. Este organismo estaba “dedicado exclusivamente —en palabras de Caillois— al estudio de grupos cerrados” y funcionaba con conferencias que se dictaban en la trastienda de una librería parisina.<sup>39</sup> Fue en esos años que Roger Caillois escribió su libro más importante o más influyente: *El mito y el hombre* (traducido por *Sur* en 1939).<sup>40</sup>

El 13 de diciembre de 1938, Victoria Ocampo acudió a una de las reuniones del Collège.<sup>41</sup> La vitalidad de las discusiones, su carácter de elite intelectual y la audacia de las propuestas parecen haber fascinado a la escritora argentina. Pese a las diferencias que la apartaban de Cai-

<sup>39</sup> Roger Caillois: *Acercamientos a lo imaginario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

<sup>40</sup> Para ver la importancia que tuvo este libro en pensadores como Georges Bataille, Jacques Lacan (por su ensayo sobre el mimetismo), Walter Benjamin (por su ensayo sobre París) y hasta el mismo Jean-Paul Sartre, puede consultarse “Genealogía del mimetismo: estudios culturales y negatividad” de Raúl Antelo, mimeo, 1998. Sobre la experiencia del Colegio de Sociología ver Denis Hollier, *Le Collège de Sociologie 1937-1939*, París, Gallimard, 1979.

<sup>41</sup> Pocos días después, según cuenta Odile Felgine, Victoria Ocampo y Roger Caillois fueron presentados en la casa del escritor franco-uruguayo Jules Supervielle. Para toda la historia de la relación, es fundamental *Victoria Ocampo-Roger Caillois, Correspondencia (1939-1978)*.

llois (sobre todo en lo que hace a su propuesta de un ascetismo de los intelectuales) Victoria Ocampo valoró los aportes de éste y, después de una aventura amorosa, lo invitó a dar unas conferencias en Buenos Aires. Pero, como se dijo, el viajero conferencista se transformó, a causa de la guerra que estalló en Europa, en un residente en nuestro país por más de cinco años.

Caillois se vio obligado a combinar trabajos para subsistir (clases de griego y de francés) con sus proyectos intelectuales. Tres emprendimientos lo ocuparon desde entonces: el Instituto Francés de Estudios Superiores, la revista *Lettres Françaises* y una "antena" o filial del Collège de Sociologie en nuestro país. El Instituto se hizo según el modelo de la École Libre de Hautes Études Françaises de New York y se llamó, en la Argentina, Instituto Francés de Estudios Superiores de Buenos Aires. Fue fundado en 1942 por Caillois y Robert Weibel-Richard y fue uno de los centros más activos de difusión de la cultura francesa en los años de la guerra. La revista, en cambio, fue un proyecto más ambicioso ya que se proponía ser, como dice Dennis Hollier, "el órgano de una literatura francesa desterritorializada", de una Francia libre que luchaba contra el nazismo.<sup>42</sup> En un principio, se pensó en publicarla como un suplemento de *Sur*, en francés, con el logotipo de la revista y el subtítulo "Cahiers trimestriels edités par la revue *Sur*" pero, por fin, la revista salió independientemente y por suscripción, aunque su directora nominal fue Victoria Ocampo, ya que una ley no permitía que extranjeros dirigieran publicaciones periódicas. Escribieron en ella, entre otros, Henri Michaux, André Gide, Paul Valéry, Saint-John Perse y Jules Supervielle.

El tercer proyecto de Caillois fue fundar una filial argentina del Collège de Sociologie. Esta tentativa rompe tanto con la conferencia (y propone, en su lugar, el *debate*) como con la distancia propia del viajero cultural. El programa consistía, básicamente, en polémicas alrededor de un tema y en su publicación posterior en la revista *Sur* con el título de "Debates sobre temas sociológicos". Cuatro de estas reuniones, realizadas entre 1941 y 1942, fueron reproducidas por la revista. Es curioso notar que entre los participantes, alrededor de la mitad eran extranjeros que estaban viviendo en nuestro país o que estaban de paso (entre éstos, puede mencionarse a: Francisco Ayala, Pedro Henríquez Ureña, Germán Arciniegas, Lorenzo Luzuriaga, Lewis Hanke, Robert Weibel-Richard, María de Maeztu y Margarita Sarfatti, entre otros).

Las polémicas que surgen en estas reuniones proveen un cuadro bastante exacto de los problemas que habían desencadenado los con-

<sup>42</sup> Denis Hollier *Les déposésés (Bataille, Caillois, Leiris, Malraux, Sartre)*, París, Les éditions de Minuit, 1993.

flictos bélicos: cuáles eran las responsabilidades del intelectual, qué sistemas políticos eran los más adecuados para salir de la crisis, qué nuevos lazos sociales y qué nuevas formas de legitimidad política debían instituirse y, finalmente, la inflexión americana del problema: cómo debía redefinirse, ante el nuevo conflicto, la relación entre panamericanismo y europeísmo.

Los “debates sobre temas sociológicos” tuvieron la efectividad de poner en práctica la idea de una elite de intelectuales, que tantas veces expresara Victoria Ocampo, anteponiendo el debate plural frente a un género, como el de la conferencia, que propicia la distancia y, a veces, la actitud reverencial. Pero justamente lo que estas reuniones ponen de relieve son los límites comunicativos y la dificultad de buscar un contexto de discusión común. A medida que las discusiones avanzan, los participantes descubren que los rasgos que los convierten en intelectuales son menos poderosos que las tradiciones y las pertenencias nacionales y que las sujeciones a una formación.

A su regreso a Francia, Caillois se propuso conseguir un trabajo en el que pudiera retribuir de alguna manera su deuda con la Argentina. En una carta a Victoria Ocampo, le comenta que “Gastón Gallimard me ha pedido que forme parte del comité de lectura de la editorial. Acepté como te imaginas”. Es el origen de la colección “La Croix du Sud” que dirigió el mismo Caillois y que se inauguró con los libros *Maîtres et esclaves* de Gilberto Freyre y *Labyrinthes* de Jorge Luis Borges. Durante los años cincuenta y sesenta, Caillois se transformó en un importante difusor de la literatura latinoamericana en Francia por lo que no sería exagerado decir que es uno de los factores que propiciaron el fenómeno del *boom* de literatura latinoamericana de los años sesenta.

### *Los regresos*

Durante el período que denominamos del *viajero refugiado* o del *exilio*, hubo dos retornos que marcan, en sus vicisitudes, todo lo que había cambiado entre los últimos años de una década y otra. Ortega y Gasset llega al país en agosto de 1939 y permanece durante casi tres años, hasta que en febrero de 1942 viaja a Lisboa, para regresar definitivamente a Madrid sobre el final de la Segunda Guerra. La posición de Ortega y Gasset durante la guerra civil española había sido, por lo menos, ambigua.<sup>43</sup> En un principio, se traslada a Lisboa, según algu-

<sup>43</sup> Gregorio Morán Suárez, *El maestro en el Erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, Tusquets, 1998.

nos, esperando ser llamado por los franquistas para convertirse en una suerte de filósofo oficial. Durante este tercer viaje, dicta conferencias y cursos en la Asociación Amigos del Arte y en la Facultad de Filosofía y Letras. También ofrece charlas radiales sobre las cualidades de la mujer criolla (vehemencia, espontaneidad, gracia y molicie) y pronuncia dos discursos: uno ante la Institución Cultural Española de Buenos Aires y el otro, "Meditación de un pueblo joven", en La Plata.

El primero, pronunciado ante el presidente de la Nación, fue precedido por otro del profranquista Carlos Ibarguren, a quien Ortega cita elogiosamente, aunque no por ello deja de referirse en términos aún más celebratorios al fundador de la Institución, Avelino Gutiérrez, socialista y republicano.<sup>44</sup> En este discurso, el filósofo español habla del "tenaz mito del extranjero" y defiende la *sociedad nacional* como "la sociedad más intensa que existe". También, es verdad, y a eso parece apuntar el tramo final, que Ortega no cae jamás en la idea de un "panhispanismo" de signo católico que promovían otros intelectuales españoles. En el discurso que pronunció pocos días después en La Plata, "Meditación del pueblo joven", Ortega habla de las "exploraciones insospechadas del puro pensamiento intacto de política" y, en un giro bastante extraño, de la "impenetrabilidad de las naciones" en referencia a la necesidad de conocer los presupuestos y circunstancias de una comunidad nacional para entender las polémicas políticas (y, elusivamente, las objeciones que se le hacían a Ortega desde el bando republicano). Sin duda, los tiempos habían cambiado.

En 1942 Waldo Frank llegó por tercera vez a Buenos Aires (una segunda e irrelevante visita tuvo lugar en 1934). A diferencia de la repercusión que su primer viaje había tenido, su tercer viaje, que se produjo inmediatamente después del ingreso de Estados Unidos a la guerra, resultó un fracaso para sus objetivos, no ya panamericanos sino aliados. El gobierno de Castillo, conservador y partidario del eje, lo declara *persona non grata* y el periódico nazi *El pampero* escribe un artículo agravante sobre él. Esta escalada de violencia termina con el ataque, por parte de un comando nacionalista, a la salida de una de sus conferencias. Luego de ser hospitalizado, viaja a Chile, desde donde le escribe a Victoria Ocampo: "Que no haya sido muerto es un acto de Dios. Estoy convencido de que esos bandidos tenían intenciones de liquidarme con el primer golpe [...]. Mi corazón se llena de amargura cuando pienso en la pobreza de espíritu de su país: en estos momen-

<sup>44</sup> "Los viajes de Ortega a la Argentina y la Institución Cultural Española" de Marta Campomar en José Luis Molinuevo, *Ortega y la Argentina*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1997.

tos en que, como líderes de S.A., hubieran debido surgir a una nueva claridad, han permanecido confusos e impuros. Temo por el futuro de la Argentina, como temía por Francia, en el peligroso mundo de mañana".<sup>45</sup> En la expulsión de Frank puede leerse —además de la explícita violencia fascista del gobierno y sus partidarios— la evidente imposibilidad de interpelar a los viajeros sobre la identidad nacional, en el contexto de la configuración sociohistórica que dará origen al peronismo, donde los interpelados y los modos de esa interpelación ya no serán los mismos.

<sup>45</sup> Carta fechada el 2 de agosto de 1942 en Santiago de Chile, publicada en Victoria Ocampo, *Autobiografía VI. Sur y Cía.*, Buenos Aires, Sur (1984).



## Bibliografía

### Obras de autores citados

- AA.VV., *Waldo Frank in America Hispana*, Instituto de las Españas, Lancaster, 1930.
- Odile Felgine (Ed.), *Victoria Ocampo-Roger Caillois. Correspondencia (1939-1978)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
- Waldo Frank, *América Hispana*, Buenos Aires, Losada, 1950.
- Waldo Frank, *Memorias*, Buenos Aires, Sur, 1975.
- Waldo Frank, *Tales from Argentina*, Farrar & Rinehart, New York, 1930.
- Hermann von Keyserling (Conde de), *Meditaciones sudamericanas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1933.
- Eduardo Mallea, *Historia de una pasión argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- Archibald McLeish, *Los irresponsables*, Buenos Aires, Losada, 1942.
- José Ortega y Gasset, *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*, Madrid, Alianza, 1995.

### Bibliografía general

- AA.VV., *Ortega y la Argentina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Gonzalo Aguilar, "El cuerpo y la sombra. Los viajeros culturales en la década del 20", *Punto de Vista*, N° 59 (diciembre de 1997).
- María Teresa Gramuglio, "Una década dinámica. Transformaciones, posiciones y debates en la literatura argentina en los años treinta", en *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- María Teresa Gramuglio, "Sur. Constitución del grupo y proyecto intelectual", *Punto de Vista*, VI, N° 17, Buenos Aires (abril-julio de 1983).

- María Teresa Gramuglio, "Roger Caillois en *Sur*", *Río de la Plata - Culturas*, N° 13-14, París, 1992.
- Denis Hollier, *Le Collège de Sociologie 1937-1939*, Paris, Gallimard, 1979.
- John King, *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura 1931-1970*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Jorge Francisco Liernur, "¿Cuál Le Corbusier?", *Prismas*, UNQ, N° 1 (1997).
- Celina Manzoni, "Cómo se vieron. La autorrepresentación de los intelectuales (Buenos Aires, 1936)", en *Sesgos, cesuras y métodos*, Buenos Aires, Instituto de Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (en prensa).
- Doris Meyer, *Victoria Ocampo. Contra viento y marea*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981.
- Gregorio Morán Suárez, *El maestro en el Erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, Tusquets, 1998.
- Victoria Ocampo, *Autobiografía VI*, Buenos Aires, Sur, 1984.
- Victoria Ocampo, *El viajero y una de sus sombras (Keyserling en mis memorias)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951.
- Beatriz Sarlo, "La perspectiva americana en los primeros años de *Sur*", *Punto de Vista*, Buenos Aires, Año VI, N° 17 (abril-junio de 1983).
- Beatriz Sarlo, *La máquina cultural*, Buenos Aires, Ariel, 1998.
- Horacio Tarcus, "Glusberg entre Mariátegui y Trotsky", *El rodaballo*, Buenos Aires, N° 4 y 5 (1996 y 1997).